

CAPITULO LXV

*Cae doña Juana en poder de los suyos,
y prosigue el cuento.*

ANTES, en este mismo tiempo, para acrecentar sus desdichas, habiendo, con el aviso que habéis oído, corrido apresuradamente desde Torrejón con tres caballos, llegó su hermano don Fernando, á la Vega, y bajándose por la contramuralla hacia la Puerta del Cambrón, que era el mismo lugar en quien doña Juana estaba escondida, fué en tan fuerte y amargo punto que, como la affigida señora, cuidadosa esperase á su amante, y su tardanza aumentase sus miedos, ignorando si eran tres ó cuatro los que le asistían y guardaban, en viendo venir á aquella gente salió de adonde aunque pasaran fuera imposible verla, y pensando que eran don Lope y sus criados, se les puso delante, no obstante que en un momento, y cuando su inadvertencia no tuvo remedio, conoció su desgracia. Y don Fernando, dando un lastimoso grito, en su vestido y persona, á quien arrojándose del caballo y haciendo á su compañía proseguir la jornada sin poderla hablar, ni aun mirar al rostro, se le cubrió con una banda roja que á su cuello traía; y dejando un tanto pasar el rabioso accidente, después de haberse lastimado y enternecido en tan afrentosa injuria,

quiso saber de su alevosa sangre la parte adonde su enemigo esperaba, ó el medio y traza que para sacarla á aquel puesto había tenido.

Estaba, á estas razones, tan cubierta de lágrimas la llorosa dama, como de turbación y desconuelo; y así, teniendo por segura la muerte y lo más que hay que ponderar y decir, persuadiéndose en aquel mismo punto á que don Lope, según su remisión, sólo la había sacado de su casa para hacerla semejante afrenta y tomar, desamparándola en aquellos campos, de su frágil sujeto la venganza que de los dos hermanos no podía, arrojándose con tiernos y afectuosísimos suspiros á los pies de don Fernando, no sólo le dió brevemente cuenta de su pregunta, de su infame burla, satisfacción indigna de don Lope, mas juntamente le pidió muchas veces que, sin más dilación, cobrase en parte de su pecho alevoso el perdido honor.

Mas como ya él trujese fraguado en su determinación otro mayor castigo (si es que le puede haber más que la muerte), no cumpliéndola en esto sus deseos, sin esperarse á más, la tomó á las ancas y mandando guiar á la Puente Vieja, en quien entonces había un barco para pasar la gente, atravesando el Tajo y maquinando de don Lope y de sus deudos, una atrocísima venganza, llegó á su Cigarral ó casa de campo, y abriendo sus puertas y apeando á doña Juana, dejándola adentro, él mismo la cerró con su propia mano;

y con la presteza y vigilancia que su enojo pedía, volviendo á pasar el río á rienda suelta, requirió la campaña, sin dejar en toda ella árbol, mata, ni hierba que, buscando á don Lope, él y su gente no revolbiesen, hasta que hallando unas huellas de caballos, siguiendo el rastro, apresuraron su corrida con determinación de no parar hasta alcanzarle.

Toda esta vida y sus acciones y accidentes representan al vivo una farsa ó comedia, en quien los personajes que ayer hicieron reyes hoy salieron esclavos, y en un pequeño espacio, los que vimos en mayores caídas y desgracias, los miramos luego dichosos y contentos. Así que, siendo esta verdad tan manifiesta, aunque el presente caso traiga consigo igual admiración, no por ella será menos posible ó desacreditada su inconstancia y variedad, cuya fuerza, maravillosamente resistida, experimentaron estos amantes; pues cuando sus desdichas debieran tener alguna mengua, entonces parece que comenzaban con mayor rigor, y, por el contrario, en la última desesperación de sus inconvenientes ella misma era vida y remedio de sus males.

Habíanse éstos, con tan grande tropel, amontonado en la hermosa y afligida doña Juana, que estuvo en fácil término su remate, según en la ocasión que la dejó su hermano; porque presumiendo justamente de sus cosas que aquel encierro triste había de ser el teatro de su muerte, la

carne, en fin, como delicada y mortal, empezó á temer su amargo trago, y vertiendo copiosas lágrimas y suspiros sin número, reconociendo el de tantas miserias y, por el consiguiente, el galardón que de don Lope había recibido, aumentando su pena y trocando su temor en osadía, facilitaba y aun deseaba, con bárbara obstinación, un breve fin.

CAPITULO LXVI

Horrendo y temeroso acaecimiento en la prisión de doña Juana, y el que en el interin tuvo la vuelta de su amante.

APENAS en su alma confirmó doña Juana, consentida aquella desesperada voluntad, cuando inopinadamente, oyendo unos gemidos tristes que con espantoso rumor salían de aquellos aposentos (aun sin haber mirado la sombra de la muerte), se juzgó por perdida, y con tan grave turbación y miedo, que aunque diversas veces probó á dar voces pidiendo al cielo su favor, ni pudo desanudar la lengua, ni el sentido superior hacer su oficio. Aumentábanse en tanto horriblemente los profundos suspiros, si bien con alguna intercadencia; entre unos y otros se oían voces articuladas; con que, recobrando su aliento, abrió los ojos y alargó los oídos, al mismo punto que

con más claridad, habiéndose acercado aquella triste voz, decía estas lastimosas razones:

—¡Oh alma miserable y afligida! ¿Por cuál, de tantas puertas y heridas, determinas salir de esta cárcel, y hasta cuándo durará la consulta de mi lastimoso fin y tu sangrienta resolución? Sácame ya de tan rabiosas y mortales penas, pues no es posible que la memoria de su causa infeliz, que en este triste apartamiento más me atormenta, remita su dolor mientras tu aliento me hiciese compañía. ¡Ay infelices horas mal gastadas! ¡Ay contentos mortales desvanecidos! ¡Ay glorias de la tierra perecederas, cómo todos me habéis desamparado, todos en viento y humo os habéis convertido, y al fin, al fin, en la mayor necesidad, en el más grave aprieto, como amigos fingidos, me habéis dejado!

De aquesta suerte, y con mayor horror se lamentaba aquel, á su parecer de doña Juana, vagante espíritu, cuando infiriendo la afligida señora de tan fieros vestigios y señales su portentoso fin, tragó la muerte, y levantándose con esta ansia mortal, apenas desalentadamente dió seis pasos, cuando á los rayos que de la clara luna entraban por unas fuertes rejas, vió revuelto en un lago de reciente sangre á un miserable hombre, que arrastrando (porque estaba ligado pies y manos) se pretendía acercar á las mismas puertas. Aquí acabó la dama de perder el sentido; y así, falta de fuerzas, desapoderada, cayó en

el suelo; si bien cuando, después de breve espacio, volvió de aquel pesado parosismo, hallándose en los brazos ligados de aquel hombre, queriendo, despavorida, arrojarle de ellos, el sangriento rostro que tenía delante, estando ya tan cerca, fué lastimosamente conocido de ella y no menos que por el del noble y desdichado amante suyo; el cual, no siéndole más favorable la fortuna, aun antes de su acaecimiento de ella, había caído en las manos de sus crueles y mortales enemigos.

Porque apenas, según ya queda escrito, en demanda de los caballos, don Lope se apartó de sus ojos, cuando al entrar de unas estrechas calles, que las huertas hacían sin poderlo excusar, dió con una gran tropa de gente de á caballo, de quien siendo al instante conocido (tanto por el aviso y sospecha que traían, cuanto por haber dado primero con los suyos y con el criado que les guardaba), atropelladamente le embistieron, escapando de aquel su primero ímpetu tan mal herido, que aunque intentó animoso vender su vida, cayendo sin sentido en el principio de su resistencia, al recobrarle, se halló en poder de don Pedro Palomeque, que haciéndole atar de pies y manos, entrando en la ciudad y atravesando la Puente de San Martín, dió con él en su quinta, de quien así él como su hermano tenían llaves; y dejándole como en un fuerte castillo asegurado, sin ser sentidos aun del que la tenía

á cargo, porque dormía en diferente casa, volvió á entrarse en la ciudad y á proseguir la orden de que su hermano don Fernando había traído, el cual, según ya queda escrito, á la hora que tuvo en Torrejón la carta de Laurencia, le había avisado á Casa Rubios de lo que en Toledo pasaba y previniéndole para que antes de llegar se juntasen; errando con la prisa este designio, vino algo primero que él, y con la buena dicha que habéis oído, pues con tanta facilidad tuvo en sus manos el héroe principal de esta tragedia.

De suerte que, entendido este caso, digo esta inaudita y maravillosa concordancia, obra de superior providencia, los dos hermanos, ignorantes el uno del acaecimiento del otro, juntaron en un mismo lugar, en una misma casa, debajo de una llave, por sus propias manos y voluntad, á los que para la diversión y apartamiento de la suya, parece que de acuerdo se habían convocado los cielos todos y sus cuatro elementos.

CAPITULO XLVII

Previenen los hermanos su sangrienta venganza y el efecto que tuvo, etc.

EN fin, habiéndose después de las cosas referidas lastimosamente abrazado y comunicado sus desastrados fines, brevemente los dos tristes amantes consultaron el último golpe de su im-

placable fortuna; y en estos intermedios, habiendo don Fernando seguido casi dos leguas largas aquel rastro de caballos, en cuya prosecución le dejamos, llegando á unas caserías, sin pensar, entendió en ellas el engaño con que caminaba, y porque queriendo averiguar qué gente había pasado, supo que solamente don Pedro, su hermano, muchas horas antes iba á la vuelta de Toledo; con que siendo ya casi amanecido, aun en las mismas huellas, que eran las que su hermano había dejado, conoció su infructuoso trabajo, por lo cual, abrasándose en furiosa cólera, no siéndole por entonces otra cosa posible, dió vuelta á la ciudad, como así mesmo lo había hecho antes don Pedro. Si bien, hallando éste á su madre y familia llenos de confusión y escándalo, efecto de la fuga de su hermana, fué tal su alteración, que estuvo en términos de quitarse la vida.

Mas viendo que con semejante sentimiento no remediaba su afrenta y deshonor, volvió á buscar por entre aquellos campos la causa dél; y trastornando en esta diligencia las duras piedras, le halló su hermano, de quien después de haberle recibido con las nuevas que oyó de doña Juana, salió su espíritu de la aflicción que padecía, no siendo menos grave, antes sin comparación, mayor el consuelo y alegría de don Fernando, luego como entendió el suceso de su enemigo; y así, queriendo sin mayor dilación disponer su venganza, mandó á don Pedro guiase adonde estaba; mas

cuando en el camino, comunicándose los dos estas cosas, advirtieron el yerro que su ignorancia había cometido poniendo á los dos amantes en una misma parte, en un mismo lugar, se quedaron pasmados, no obstante que con el imaginado y breve castigo que de tantas injurias pensaban tomar, apresurando el viaje, mitigaron su pena. La cual, si por yerro tan disculpable, si por disgusto tan satisfecho había sido tan grande, por el que ahora oiréis que les estaba esperando, ¿qué tal sería, ó de qué suerte á su paciencia y sufrimiento les sería tolerable? Pues no sólo, abriendo las puertas de la quinta ó *Casa del encanto*, hallaron transformados ó revueltos en humo y sombra á los dos enamorados prisioneros, pero ni aun rastro mayor de su asistencia que la mucha sangre de las heridas de don Lope.

En conclusión: el modo de su fuga fué á todos bien patente; porque como la sobra de pasión ofusca y ciega el más claro entendimiento, así, aunque quisieran encubrirle los dos hermanos, y mayormente la afrentosa ocasión que los traía afligidos, fuera por demás é imposible el riguroso sentimiento que hicieron al mal cobro de sus perdidas prendas. Con que no sólo quedó entendido y manifiesto el secreto amoroso de su hermana y don Lope, sino también el que con tan inviolable silencio se había siempre ocultado en aquel cigarral; del cual, si os acordáis en los principios de esta *Historia*, habiéndose los dos

caballeros Palomeques escapado de tres cercos apretados, ignorando el camino, mereció justamente el nombre de la *Casa del encanto*, título con que también la he referido en aquestos discursos.

Estaba, pues, este maravilloso y secreto artificio dispuesto con ingenio tan raro, con tanta sutileza que ninguno, sin particular inteligencia de él, alcanzara su modo, fué traza de un ingeniero alemán, á quien don Rodrigo, su padre, satisfizo por ella con larga mano. Iba, en efecto, una profunda mina, desde el menos importante aposento de aquel cuarto, un grande espacio por debajo de tierra hasta salir su boca (cubierta de horruzas y malezas) á la fragosidad de unos altos barrancos; pero la forma con que la puerta se disimulaba y encubría en el referido aposento, era sin comparación discreta y peregrina, porque en su mismo enladrillado estaba un cuadro movido, de anchura de dos tercias, fundado sobre un recio tablón de igual medida y embozado con los propios ladrillos. A éste, por la parte inferior dentro en la mina, sustentaban dos husillos con sus tornos correspondientes á dos fuertes clavijas de bronce que, sobrepujando por encima, torciéndolas con facilidad, en llegando á estar atravesadas, como pendían en lo firme del aposento, asegurando el artificio, quedaba todo el suelo ajustado; y en queriendo abrirle, con torcer las clavijas, el peso mismo hacía mover los tornos,

hasta tocar en el cimientó y suelo que sería menos que un estado.

CAPITULO LXVIII

Siguen á los amantes los Palomeques, y el fin trágico de la celosa Laurencia.

No entendían los apasionados caballeros que su hermana sabía este secreto, ni menos aún, cuando don Fernando lo supiera, en la turbación en que se hallaba cuando allí la encerró, pudiera prevenir este aviso, ni si la diligencia y buena suerte de don Pedro tenían á don Lope en la misma prisión; porque así el uno como el otro, regidos de un igual pensamiento, no curaron de más que dejar encerrada la prenda hallada y volver por la pérdida con prisa y diligencia.

Pero ni con todo esto desconfiaron en la empresa de alcanzarlos; antes así, juntos como estaban, habiendo primero requerido la mina, fueron en su seguimiento; asegurando además sus esperanzas el conocer, por el sangriento rastro que don Lope iba dejando, que era imposible el alejarseles tan mal herido; como ello fuera indubitable si la clemencia y bondad divina no los amparara y socorriera. Mas la misma que dió á la animosa dama resolución y industria para que, acordándose (en medio del peligro en que los dejamos rodeados de angustias y mortales congo-

jas) de la secreta mina, saliesen de su amarga prisión; guió también sus temerosos pasos, y en ocasión tan acertada, que encontrando unos pobres pastores, valiéndose de su piedad, casi en sus hombros se hallaron al salir del sol en Argente, lugar distante de Toledo una gran legua; en donde, gratificados los buenos hombres, no le faltaron á don Lope otros muchos vecinos que le amparasen y encubriesen; no obstante que su riesgo evidente no le dió más lugar que para apretarse las heridas, las cuales eran tantas, tan peligrosas y crueles, que antes parecía obra milagrosa que valor humano sustentase vivo.

De aquí, en sendos caballos y con seguras guías, se puso en un fuerte castillo; de suerte que cuando sus enemigos llegaron á aquel aldea, entendido su viaje y la ventaja que les llevaba, hubieron de tornarse, aunque no para desistir en su cruel venganza; antes la comenzaron de nuevo, siendo primicias de ella la celosa Laurencia, á quien lastimosamente mataron á puñaladas este mismo día. Hecho, por cierto, no sólo indigno y repugnante á su nobleza, pero injusto y bárbaro, y más de sangrientos caribes que de caballeros cristianos.

Persuadiéronse los dos hermanos (como sabedores de la liviandad porque su padre se valió de su amparo) que en la prosecución de estos amores había ocasionádose su afrenta; y aunque era así verdad, las circunstancias y rodeos por

donde doña Juana lo dispuso, excusaban grandemente á la pobre Laurencia. Mas sin topar en esto (como su origen principal), satisfizo con la vida el peligroso riesgo en que puso á su amante y el aviso mortal que á términos tan tristes le redujo. Si bien ninguna atrocidad de las muchas que emprendieron los Palomeques, ya en los deudos y amigos de su contrario, ya en su grandiosa hacienda, en sus hermosas granjas, casas de campo, ricos palacios, fué tan mal vista y parecida como esta barbaridad y desatino; el cual ejecutado, sin mayor dilación, juntaron gente, artillería y municiones bastantes á mayor cerco; y determinando ponérsele á don Lope, salieron de Toledo.

Mas como en su prudencia no fuese necesario prevenir este riesgo, no sintiéndose con bastante defensa, desamparó la fuerza, y así como se hallaba mal doliente, aunque mejor curado, caminando las noches y los días, no paró hasta entrarse en Portugal; adonde siguiéndole sus criados con lo mejor de sus joyas y riquezas, lo primero que hizo fué tratar de su cura; que fué (por la remisión y tardanza) tan larga y prolija y tan llena de peligrosos accidentes, que muchas veces, aun antes de sus deseadas bodas, estuvo doña Juana en términos de llorarse viuda. Mas el cielo, que de tales riesgos le había sacado, también le libró de éste; con que después de su convalecencia, en dulce posesión dichosamente

gozaron el premio y dulce galardón digno á tantos trabajos.

CAPITULO LXIX

Sabe don Lope la calamidad de su hacienda y amigos en la ausencia que hizo de Castilla, y por satisfacción desafia á sus contrarios en singular batalla.

Los infortunios y miserias que, en la brevedad de este tiempo, padecieron en Toledo y Castilla todas sus cosas de don Lope, fueron tan generales, tan terribles y ajenos de satisfacción y venganza noble, que ni su calidad da lugar á escribirse, ni fuera lícito que injurias semejantes, así por quien las recibió como por el honor de quien las hizo, queden inmortalizadas en la estampa; sólo diré que la reputación de don Lope quedó en algunas con tanto menoscabo y descrédito, que siéndole inexcusable y forzoso el volver por su honra, dejando los demás caminos y medios de paz que con sus enemigos se trataban, eligió el que en ley de caballero, y según sus grandes agravios, tenía obligación.

Y así, habiendo primero pedido al rey don Juan el III, que entonces reinaba en Portugal, y debajo de cuyo amparo vivía en sus reinos, licencia para desafiar á los dos caballeros, luego que S. A. entendió tan graves y justas causas,

no obstante que ya en España se iba remitiendo y olvidando este infernal abuso, á ruego de la señora reina doña Catalina, que mucho estimaba á don Lope, y debajo del plazo de cuarenta días, se la concedió, asignando para su expedición la ciudad de Evora, adonde en la sazón se hallaban SS. AA. Con lo cual, despachando á diversas partes de la corona de Castilla, así en Toledo como en Valladolid, Burgos y Sevilla, parecieron en un mismo día fijados sus carteles; que como en ellos los retase con atributos y cargos poco honrosos, y ofreciese combatírsele á entrambos ó meter consigo caballero que ayudase su intento, en breve término se llenó España de su fama y valor, y la ciudad de Evora de gente innumerable que acudió á ser testigo del suceso. No tuvieron en mucho los dos hermanos semejante resolución; antes, en alguna manera consolados por la última venganza que, según su valentía y fuerza, cualquiera de ellos se aseguraba aceptando la empresa, y con su salvaguardia previnieron las cosas al trance necesarias.

Ya en aquesta sazón, habiendo don Juan Lope de Padilla perdido aquella memorable batalla de Villalar y pasadas las demás cosas decantadas por tan graves autores, gozaba Castilla de mayor quietud, la cual, con la venida del invictísimo Carlos V, su rey, acabó de conseguirse; si bien para más perpetuarla, entendiendo S. M. el estado y miserable ruina que amenazaba á estas

dos casas, deseando apaciguarlas y componerlas sin otro rompimiento, y que estos caballeros volvieresen de Portugal igualmente satisfechos y honrados, tuvo por bien de escribir al señor rey don Juan, su cuñado, sobre este punto, que no deseándolo menos, procuró disuadir por diferentes medios y trazas á don Lope; aunque, como el sentimiento de sus agravios y la publicidad de sus injurias, corriesen parejas, no se pudo acabar con él desistiese en la empresa; por cuya causa mal contento S. A., secretamente dió orden para que ningún caballero y fidalgo vasallo suyo (porque muchos lo querían hacer) le acompañasen en aquel desafío, pareciéndole que aquello que con su autoridad y ruegos no había conseguido, la fuerza y aprieto de tal necesidad no efectuaría.

Esta misma diligencia se usó en Castilla; si bien el gallardo don Lope, que no por semejante camino se había de reducir, aunque vió que los amigos de Castilla tardaban y los de Portugal se encogían, ni desmayó en su intento, ni menos el aplazado día dejó de hallarse en medio del palenque; cuyo teatro hermoso, adornado de bizarras damas, y de toda la nobleza portuguesa, aunque fuera en mi pluma asunto peregrino la humildad que de ella reconozco, puede excusarme en su narración; y así, pasando ésta en silencio, habré de proseguir en lo restante de mi historia.

No quiso hallarse en ocasión tan triste la hermosa doña Juana, cuyas lágrimas, aunque disimuladas de su esposo, pudieran, como el divino Orfeo con su canto, enternecer los insensibles mármoles. Porque no sólo, aun antes de la batalla, le afligía su peligro y rigor, mas temía y con mayor cuidado que faltándole á don Lope ayuda, como también conocía el valor, de sus hermanos, se había de ver con ellos en notable riesgo. Pero con todo esto, reprimiendo su llanto, ella misma y con sus propias manos, ayudó á armar á su esposo, y no fiando de sus criados, apretando los pernos y requiriendo las hevillas y correas, infundía en su pecho nueva osadía y mayor audacia.

CAPITULO LXX

Tiene don Lope ayuda en el combate, su suceso y la conclusión de esta historia.

SALIÓ con esto don Lope de entre los tiernos brazos de su esposa, y entró en la plaza, acompañado de muchos criados y de algunos señores portugueses, que así por sangre como por otros respetos le quisieron honrar; y no curándose de galas y divisas, armado de resplandecientes armas, todas ellas y el templado escudo, parecían un espejo de bruñido cristal.

El caballo era rucio, y más valiente y hacedor que galán, en quien con su acompañamiento y

padrinos dió una vuelta á la plaza, y hecho su acatamiento á los jueces y damas, porque los reyes no asistieron en ella, se arrojó en el palenque al mismo punto que sus contrarios asomaban; que como ellos quisiesen, juntamente con su valor, mostrar sus riquezas y poder; más parece que vinieron adornados para bodas alegres, que para batallas sangrientas; y así el acompañamiento, las libreas, divisas, plumas y colores fué maravilloso, con que dejaron en cuantos les miraban granjeado el aplauso y voluntad. Las armas que traían eran acuarteladas de oro y azul con orlas y grabaduras, que las hacían mas hermosas y ricas; y los caballos de Córdoba, pelo castaño y la presencia hermosa, y digna de sus valientes dueños; cuya enseña y divisa era el blasón antiguo de sus famosas armas.

Luego, pues, que se vieron en el palenque; quisieran sin mayor dilación dar principio al combate, aunque su mucho valor y gallardía, repugnando conocida ventaja, no obstante que de rigor y justicia pudieran hacerle juntos, ó ayudarse en cualquiera aprieto, resolvieron lo contrario; y habiendo, después de algunas diferencias y porfias, porque cada uno quería ser el primero, convenidose apenas don Fernando esperó el son de las trompetas, cuando entrando en la plaza un caballero en orden de pelea, suspendiendo la suya, esperaron á ver su determinación, la cual, no parando hasta el asiento de los

jueces, habiendo hécholes una gran cortesía, levantando la visera del yelmo, les habló estas tan libres como breves razones:

—Ya que hasta ahora vergonzosamente en un reino cuyas temidas armas tienen sujeta la mayor parte del Oriente, se ha permitido que en acto tan honroso falte ayuda á un noble forastero y por sus grandes méritos digno de su favor, no es justo que, prosiguiéndose esta mengua, me excuséis la licencia de enmendarla; pues siendo vuestro gusto veréis que la ocasión de mi venida es no sólo á suplirla, sino á poner la vida en igual aventura con don Lope Pacheco.

Mal indignados oyeron los jueces semejante plática, no obstante que encubriendo su cólera, el uno de ellos respondió de esta suerte:

—Bien pienso, gallardo caballero, que debéis á estos reinos poca naturaleza, pues ignorante de su nobleza y valentía notoria, habéis de ella, en este trance, presumido menos satisfacción de la que á la modestia y cortesía de vuestro hábito se permite. Vos podéis, con el consentimiento de don Lope, ayudarle en su batalla, de quien, si escapáredes vivo, tened por cierto no quedará vuestra inadvertencia sin enmienda; y entonces entenderéis que si se ha faltado la causa presente ha sido más por la obediencia justa, debida á nuestro príncipe, que ha deseado trocar en paz aquestas disensiones, que por mengua ó cobardía de sus vasallos.

—Pues si por menos favor (replicó el caballero levantando la voz) ha intentado reducir las, S. A. perdone su magnánimo espíritu, que el medio no era lícito, ni don Lope caballero, que por temor humano dejara de hacer rostro á lo restante de la tierra.

Y, con tanto, sin esperar más réplica, airado por la presunción de la última, picó el caballo, que así como las armas era negro, dejando de su alindado talle, despejo y libertad admirados los presentes y al buen don Lope en mayor confianza de victoria. El cual, agradecido, queriendo hablarle, aun antes de su razón primera, interrumpió su plática el señor rey don Juan, que acompañado de sus grandes y corte, siendo informado del nuevo acaecimiento y ayuda de don Lope, quiso en persona alcanzar de él lo que por otros medios no había podido; y así, con semejante deseo entrando en el palenque, luego que aquellos caballeros vieron su real presencia, dejando los caballos, le besaron la mano; si bien el de las armas negras no hizo más que ademán y cortesía de intentarlo; cosa que igualmente fué notada de todos y también el haberse quedado con su yelmo; no obstante que los demás, por el respeto de tan grande príncipe, se los habían quitado.

En fin, entendida la voluntad del rey y que, á instancia del mismo emperador, su natural dueño, quería, quedándolos igualmente por buenos y leales caballeros, dejasen la batalla en aquel

estado y sus intereses en sus manos á más no poder; y porque hacer otra cosa, contradiciendo á tanta autoridad fuera desatino y locura, hubo don Lope de concederlo, teniéndolo sus contrarios por bien; y facilitada cosa al parecer de tantos imposible; advirtiéndolo S. A. en que el extraño caballero quería, con su licencia, partirse; no lo permitió, antes gustando conocer quien, en su reino y á su despecho, daba á don Lope ayuda, le mandó descubrir; y así, desenlazado el yelmo, en vez del robusto semblante que su atrevimiento y presencia prometían, quedó patente un hermoso y delicado serafín, cuyo rostro y cabellos que, como trenzas de oro, cayeron blandamente, bordando el negro arnés. Apenas fueron vistos, cuando don Lope conoció á su esposa y los dos valientes Palomeques á su enemiga hermana. Quedaron á semejante vista los presentes atónitos, y juzgando en su aspecto otra divina Palas, corrió la voz de tan peregrino suceso y la noticia de su gentil persona á los oídos de S. A., que, con generoso y real pecho, conocida, la recibió en sus brazos, de quien enternecidos y admirados de tan grande valor, se la sacaron sus hermanos y esposo; haciendo esta impensada y notable acción impresión tan piadosa en sus entrañas que, no queriendo faltar á su ilustre sangre, con gusto general de Sus Altezas, grandes y caballeros, salieron de la plaza conformes y olvidadas sus pasadas injurias; con lo cual, después de

haberles hecho grandes honras y mayores mercedes el señor rey don Juan, alegres y satisfechos, los envió á Castilla. Si bien, queriendo que tan memorable valor quedase eterno, mandó, que de la misma suerte que doña Juana se le había mostrado, quedase retratada en su Armería real, adonde, con majestad maravillosa, aún hoy conserva el valiente pincel la hermosura de su original, y adonde, si algún curioso circunspecto le pareciese duro el haber sacado en esta *Historia* armada y á caballo una delicada mujer, podrá, leyéndola, satisfacer su duda, ver con los ojos su desengaño y el mejor abono de mi crédito.

